



decía, ya que tanto temen mancharse de sangre» (1). Hallábase él presente á todos estos ejercicios, y no permitía la menor indulgencia ni guardaba la menor consideración. Y para ir fogueando sus tropas, quiso ensayarlas en más fáciles empresas (que todo lo creía necesario antes de comenzar la conquista de la indómita ciudad), haciendo algunas correrías por el país de los vacceos. Viéronse allí el mismo cónsul y el tribuno Rutilio Rufo (el que despues escribió la historia de esta guerra) en más de un conflicto, y en más de un riesgo de caer en las celadas que les armaban los palentinos y de ser cogidos por su intrépida caballería. En una de estas excursiones vió Escipion por sus mismos ojos las ruinas de Caucia destruida por la traición alevé de Lúculo, y movido á lástima ofreció á voz de pregon todo género de franquicias á los que quisiesen reedificarla y habitarla.

En estas ocupaciones pasó la mayor parte del invierno, y volvió á los alrededores de Numancia. Observando los numantinos que los romanos se corrían á forrajear hácia una pequeña aldea ceñida de peñascos, emboscáronse algunos detras de aquellos naturales atrinchamientos. Hubieran perecido los forrajeadores que por aquellas partes andaban, si el hábil y previsor general no hubiera destacado allí hasta 3.000 caballos, con lo que los numantinos tuvieron á cordura replegarse á la ciudad. Gran contento y maravilla causó á los soldados romanos esta retirada: como un prodigio se pregonó la nueva de haber visto una vez las espaldas á los numantinos (2).

Llegada que fué la primavera (133), Escipion formalizó el sitio de Numancia con un ejército de 70.000 combatientes, disciplinados ya á su gusto y con todos los medios de que disponía el arte militar entónces. ¡Y todavía el poderoso romano esquivaba la batalla con que en su desesperado arrojo le provocaban muchas veces los numantinos! Nada bastaba á hacer variar de propósito al prudente capitán, que decidido á rendir á los sitiados por hambre

(1) Flor. lib. II; Aurel. Vict. c. 58.

(2) App. pág. 524.

hizo circunvalar la ciudad, comprendiendo en la línea la colina en que estaba situada. Fosos, vallados, palizadas, fortalezas y torres, no quedó obra de defensa que no se construyera; y para que por el río no les entráran provisiones á los cercados, atravesóse por todo su ancho una cadena de gruesas vigas erizada de puntas de hierro, en tal forma que no sólo las barcas pero ni los nadadores y buzos podían pasar sin evidente riesgo de clavarse en las aferradas puntas de las estacas. Saeteros y honderos guardaban las torres, á más de las ballestas, catapultas y otras máquinas é ingenios. Velaban los vigías de día y de noche, y al menor movimiento se avisaba el peligro por medio de señales convenidas, y al punto se acudía al lugar amenazado.

Indecible fué lo que trabajaron los numantinos por impedir estas obras, que de cierto no hubieran sido mayores las que hubiera podido emplear Anibal para conquistar á la misma Roma, pero desgraciadamente todo fué en vano. Penetráronse ya de que no les quedaba más alternativa que la de perecer de hambre ó morir matando, porque rendirse no era cosa que cupiera en el ánimo de aquellos hombres independientes y fieros. Hubo entre ellos uno de tan grande osadía y arrojo (Retógenes Carauanio nos dice Appiano que se llamaba), que con cuatro de sus conciudadanos se atrevió á escalar las fortificaciones romanas, y degollando cuantos enemigos quisieron estorbarles el paso, franquearon la línea de circunvalación estos cinco valientes, y dirigieron á pedir auxilios á sus vecinos los arevacos. Hízoles el bravo Retógenes una enérgica y animada pintura de la angustia en que se encontraba Numancia, recordándoles la infamia y deslealtad de los romanos, la destrucción de Caucia, el rompimiento de los tratados de Pompeyo y de Mancino, las crueldades de Lúculo, la esclavitud que aguardaba á todo el país si Numancia sucumbía, concluyendo por conjurarles que diesen ayuda y socorro á los numantinos, sus antiguos aliados. Y como algunos de ellos movidos de su discurso vertiesen lágrimas, «no lágrimas, les dijo, brazos es lo que necesitamos y os venimos á pedir.» Pero una sola ciu-



dad, Lutia, fué la que se atrevió á arrostrar el enojo de los romanos, y la única que sin tener en cuenta las calamidades que podía atraerse sobre sí, no se contentó con un inútil lloro, sino que se aprestó á sacrificarse por su antigua amiga. Sacrificio fué, por desgracia, más loable que provechoso, porque avisado de ello Escipion oportunamente, púsose apresuradamente sobre la ciudad generosa, y haciendo que le fuesen entregados cuatrocientos jóvenes, con la crueldad que en aquel tiempo se usaba les hizo cortar á todos las manos. Con esto acabó toda esperanza para los infelices numantinos. Á la madrugada siguiente estaba ya otra vez Escipion sobre Numancia.

Apurados todos los recursos, viéndose aislados y sin que hubieran producido resultado alguno sus heroicas tentativas de todo género, resolvieron enviar un mensaje á Escipion. Admitido á la presencia del cónsul: «¿Has visto alguna vez, oh Escipion, le dijo Aluro, el jefe de los legados, hombres tan bravos, tan resueltos, tan constantes como los numantinos? Pues bien, estos mismos hombres son los que vienen á confesarse vencidos en tu presencia. ¿Qué más honor para tí que la gloria de haberlos vencido? En cuanto á nosotros, no sobreviviremos á nuestra desgracia si no moriremos como tú. Hoy que la fortuna nos abandona venimos á buscarte. Imponnos condiciones que podamos admitir con honor, pero no nos destruyas. Si rehusas la vida á los que te la piden, sabrán morir combatiendo; si esquivas el combate, sabrán hundir en sus pechos sus propios aceros, antes que dejarse degollar por tus soldados. Ten corazón de hombre, Escipion, y que tu nombre no se afee con una mancha de sangre.» Á tan enérgico y razonado discurso contestó Escipion con helada frialdad, que no le era posible entrar en tratos, mientras no depusiesen las armas y se entregasen á discreción.

Tan desdeñosa y bárbara respuesta acabó de exasperar á los numantinos, que pesarosos ya y abochornados de haber dado aquel paso, buscando en quien desahogar su rabia, hicieron víctimas de su desesperación á los envia-

dos que habían tenido la desgracia de volver con tan fatal nueva. Cegábalos ya la cólera. Nadie es capaz de describir las trágicas escenas que á partir de este momento va á desenvolverse en Numancia; hombres y mujeres se resolvieron á vender caras sus vidas, y aunque extenuados ya por el hambre, vigorizados con la bebida fermentada que usaban para entrar en los combates, salen impetuosamente de la ciudad, llegan al pié de las fortificaciones romanas, y con frenéticos gritos excitan á los enemigos á pelear. ¿Pero qué podían ya unos pocos millares de hombres enflaquecidos contra un ejército entero, numeroso y descansado? Innumerables fuerzas acudieron á rechazar á aquellos heroicos espectros; muchos murieron matando, otros volvieron todavía á la ciudad. Pero las subsistencias estaban agotadas; nada tenían que comer; los muertos servían de sustento á los vivos, y los fuertes prolongaban algunos momentos á costa de los débiles una existencia cóngojosa; la desesperación ahogaba la voz de la humanidad, y aun así la muerte venía con más lentitud de la que ellos podían sufrir. Para apresurarla recurrieron al tósigo, al incendio, á sus propias espadas, á todos los medios de morir; padres, hijos, esposas; ó se degollaban mutuamente, ó se arrojaban juntos á las hogueras: todo era allí sangre y horror, todo incendio y ruinas, todo agonía y lastimosa tragedia. ¡Cadáveres, fuego y cenizas, fué lo que halló Escipion en la ciudad! y aun tuvo la cruel flaqueza de mandar arrasar las pocas casas que el fuego no había acabado de consumir. ¡Como si estando en pié insultasen todavía el poder de Roma aquellos mudos restos!

Tal fué el horrible y glorioso remate de aquel pueblo de héroes, de aquella ciudad indómita, que por tantos años fué el espanto de Roma, que por tantos años hizo temblar á la nación más poderosa de la tierra, que aniquiló tantos ejércitos, que humilló tantos cónsules y que una vez pudo ser vencida, pero jamás subyugada. Sus hijos perdieron antes su vida que la libertad. Si España no contara tantas glorias, bastaría haber tenido una Numancia. Su memoria, dice oportunamente un escritor español, durará lo que las historias duraren. Cayó, dice



otro erudito escritor extranjero, cayó la pequeña ciudad más gloriosamente que Cartago y que Corinto.

Parecía que la independencia de España estaba destinada á sucumbir á los talentos militares, para ella tan funestos, de la ilustre familia de los Escipiones. El destructor de Numancia añadió al título de *Africano* el de *Numantino*, y triunfó en Roma, donde no hubo una voz que le acusara de injusto y de cruel.

«Pienso que no habrá nadie, dice Rollin, el más admirador de los romanos y principalmente de los Escipiones, que no compadezca la suerte deplorable de aquellos pueblos heroicos, cuyo solo delito parece haber sido el no haberse doblegado jamás á la dominación de una república ambiciosa que pretendía dar leyes al universo.» Floro dice expresamente que «nunca los romanos hicieron guerra más injusta que la de Numancia (1)... No me parece fácil justificar la total ruina de esta ciudad. No me maravilla que Roma haya destruí-

(1) *Nullius in bello causa injustior*: son las expresiones de Floro.

do á Cartago. Era un rival que se había hecho temible, y que podía serlo todavía si se le dejaba subsistir. Pero los numantinos no estaban en el caso de hacer temer á los romanos «la ruina de su imperio...»

Con la destrucción de Numancia, las pocas ciudades vecinas que esperaban con ansiedad saber el resultado de sus esfuerzos, se fueron sometiendo á las vencedoras águilas romanas (2).

Decio Bruto había sometido también á los galaicos, y recibido por ello los honores triunfales en Roma. Pero el fuego del patriotismo no se había extinguido todavía en España.

(2) Todavía en el término de Garray, en que estuvo esta ciudad de gloriosa y eterna memoria, se encuentran diariamente ídolos, medallas, bustos, huesos humanos, instrumentos bélicos, monedas de oro, plata y cobre. En 1825 un jornalero, sacando piedra, halló un magnífico collar de plata de peso de 18 onzas, del cual se fabricó el copon que hoy sirve en la parroquia para las santas formas. Y en 1844 se encontró todavía un idollito de metal de un palmo de alto. Algun monumento debía estar recordando siempre á la posteridad en aquel sitio el heroísmo de nuestros mayores.

CAPITULO XXII

Sertorio (desde 133 antes de J. C. hasta 73).—Paz que siguió á la destrucción de Numancia.—Q. Cecilio Metelo conquista las Baleares.—Nuevas insurrecciones.—En la Lusitania.—En la Celtiberia.—Sus causas.—Su fin.—Sertorio.—Quién era y cómo vino á España.—Primera y desgraciada campaña de Sertorio.—Pasa á África.—Vuelve, llamado por los lusitanos.—Su conducta con los indígenas.—Mutuo amor entre los españoles y el caudillo romano.—La cerva blanca de Sertorio.—Triunfos y progresos de este insigne romano.—Crea en España senado, universidad, ejército y gobierno á la romana.—Unesele por aclamación el ejército de Perpenna.—Viene contra él el Gran Pompeyo.—Vicisitudes de la guerra.—Victorias de Sertorio.—Desvanecimientos de Metelo; ridículas farsas.—Apurada situación de Pompeyo y engrandecimiento de Sertorio.—Edicto de Metelo pregonando su cabeza.—Traición y alevosía de Perpenna.—Muere Sertorio asesinado.—Merecida muerte de Perpenna.—Heroica defensa de Calahorra.—Sométese la España á Pompeyo.

El estruendo que produjo la caída de Numancia ahogó por algun tiempo las quejas y el disgusto producido por el yugo extranjero, y pudo disfrutar España más de veinte años de paz; no la paz de la conformidad y de la resignación, ni ménos la paz del contentamiento, sino aquella especie de inmovilidad en que queda un pueblo aterrado con ejemplos de altas venganzas. Continuaron los romanos teniendo la sometida á un gobierno militar, como país conquistado, si bien alteraron algo la forma, dividiéndola en diez distritos bajo la inspección de otros tantos legados. Si bajo la opresión en que vivían los españoles se levantaban algunas bandas armadas y recorrían el país, tratábanlas como á partidas de salteadores y bandidos, y como á tales las califican los historiadores romanos. ¿Quién sabe si aquellos hombres obrarían á impulso de más nobles fines? ¿No habían llamado también á Viriato un bandido? Pero estas partidas fueron fácilmente exterminadas. El resto de España callaba y sufría.

Pocos hechos notables figuran en este tiempo; y el único de importancia que nos han de-

jado consignado las historias es la expedición del cónsul Q. Cecilio Metelo á las Baleares, cuya conquista le valió el sobrenombre de Balearico. No sin resistencia se dejaron subyugar los célebres honderos mallorquines, pero una vez vencidos, aquellos rústicos isleños, que hasta entonces habían habitado en grutas campestres, fueron atraídos á la vida civil y sometidos á un gobierno regular. Palma y Pollencia se hicieron al poco tiempo ciudades romanas.

Aquella quietud en que habían quedado los españoles hubiera podido ser duradera y estable si los gobernadores romanos hubieran tratado con más consideración y miramiento á los vencidos. Eran acreedores á ello; pero volvieron al antiguo sistema de las exacciones, de las violencias y de las rapiñas, y los españoles, que tampoco tenían sino amortiguados los antiguos instintos de la independencia y la inveterada aversión á la coyunda romana, alzaronse de nuevo, siendo los primeros á renovar la lucha los fieros é indomables lusitanos (109). Quince años la sostuvieron contra los Pisones, los Galbas, los Escipiones, los Fulvios, los Si-